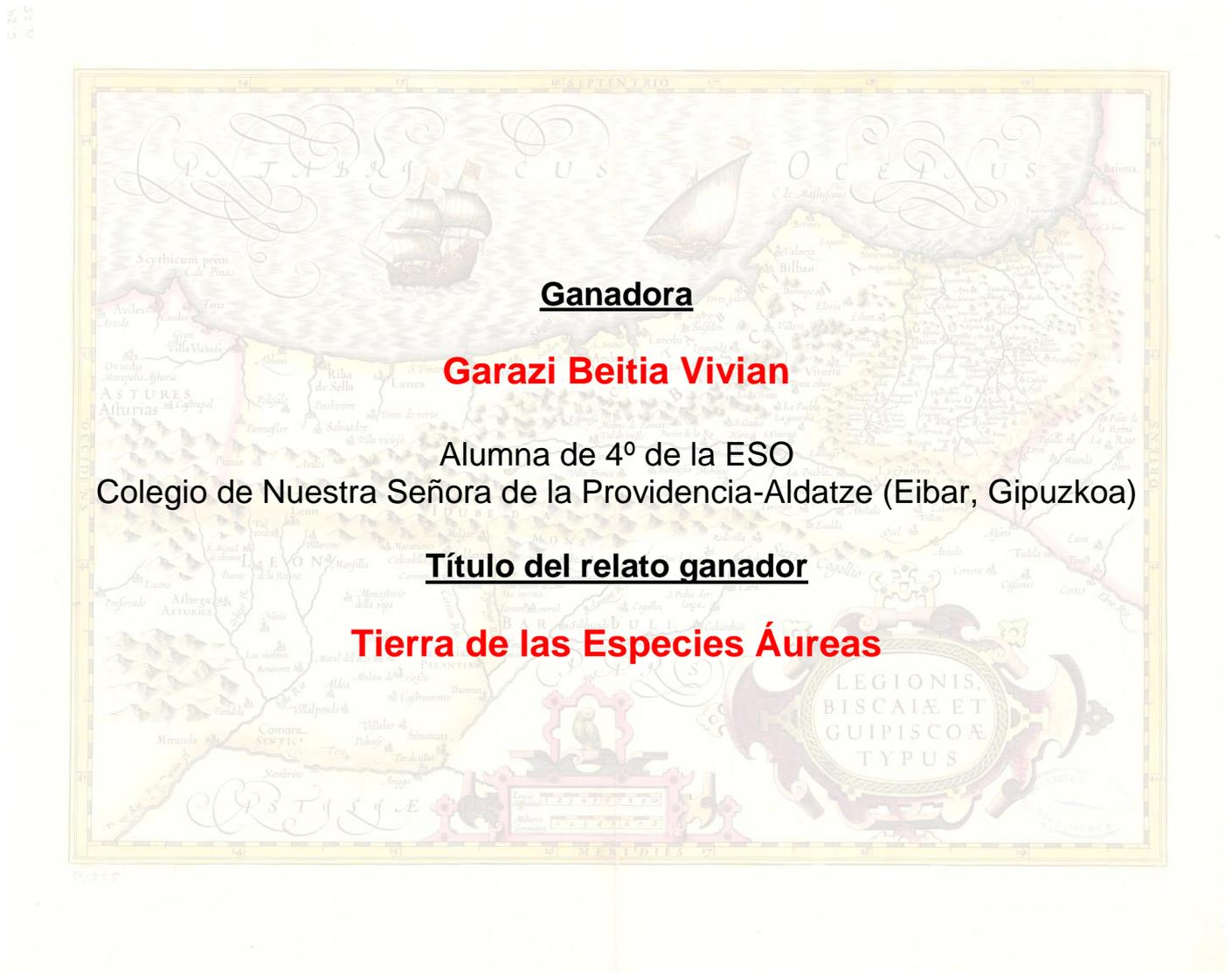




CONCURSO ESCOLAR DE RELATOS JUAN SEBASTIAN ELCANO



Donostia-San Sebastián, 7 de julio de 2019

TIERRA DE LAS ESPECIES ÁUREAS

Garazi Beitia Vivian

— ¿Y cómo podéis estar seguro de que los indígenas y aliados de Lapu Lapu no nos atacarán? — Objetó el contramaestre. Ellos conocen el territorio mucho mejor que nosotros. Además, si antes creían que éramos seres míticos y divinos, ahora que Magallanes y otros 50 hombres han caído en la Batalla de Mactán, seremos un blanco mucho más fácil.

— ¿Creéis que es una mejor opción quedarnos aquí y esperar a que la deshonra caiga sobre nuestro monarca? — Refutó el vicealmirante. — Permitamos que los indígenas se destruyan entre sí y sus fuerzas se verán, con el paso del tiempo, muy debilitadas. Y nosotros, conociendo mejor las rutas navales, regresaremos con una armada que conquistará estas nuevas islas.

Elcano quiso apaciguar aquel ambiente tenso, ya que los rostros de los oficiales allí congregados denotaban el gran desasosiego que albergaban en su interior.

— Nuestra rocambolesca historia aún inacabada ha estado plagada de centenares de peripecias, amigos míos. Pero sé que si hemos conservado la vida hasta ahora, Jesucristo está de nuestra parte. Hagamos que la voluntad de nuestro Rey, de España y de Dios sea conocida por los confines del mundo. Elcano se sacó su collar, besó la pequeña cruz y comenzó a orar en silencio. Los demás hombres le imitaron. Después, todos comenzaron a salir del camarote.

— Pigafetta. — Elcano le hizo señas para que se aproximara. — Toma asiento.

El italiano, que siempre llevaba su diario consigo, obedeció sin rechistar. Elcano deambuló por el camarote, una estancia no muy espaciosa. En el centro de la habitación había una gran mesa de roble oscuro, y encima varias cartas náuticas (una de ellas se trataba de un nuevo mapa de la región diseñada por un experto cartógrafo), un tintero y pluma, una

brújula, un cuadrante y un astrolabio. Había evidentes pruebas de que Elcano había estado tratando de marcar la mejor ruta para salir de las islas.

— Unas palabras motivadoras, capitán. — Irrumpió el silencio Antonio con un marcado acento italiano.

— Si crees que unas simples palabras aplacarán su miedo eres un ingenuo.

— En absoluto. Nuestros hombres no son necios. Intuyen que las probabilidades de llegar a España son muy reducidas, e incluso podría decir que las consideran nulas, sabiendo, por ejemplo, que ahora sólo contamos con dos naos de cinco que disponíamos al embarcar por vez primera. Saben perfectamente que tenemos dos opciones después de llegar a las Islas de las Especies, de descansar y de abastecernos de provisiones: la primera consiste atravesar de nuevo el amplio océano, dirigirnos hacia la Nueva Tierra, y de allí surcar otra vez el océano. La otra es recorrer una travesía por aguas portuguesas. Os aseguro que el calvario que hemos vivido hasta ahora hará que opten por enfrentarse a Portugal.

— ¡Pero la segunda idea es descabellada! — Bramó el iracundo capitán. — ¿Qué sucedería si los portugueses nos descubrieran? ¿Qué será del Tratado de Tordesillas? ¡Seremos excomulgados y desterrados!

—No si contamos con una estratagema infalible. Capitán, debéis elegir con astucia y prevenir los problemas posteriores. De lo contrario, moriremos. Pensad que nosotros, simples humanos, no podemos hacer frente a la fuerza de la naturaleza y mucho menos dominarla. Por otro lado, si hacemos uso de nuestras mentes, iremos tejiendo un plan para enfrentarnos al dominio portugués.

— Puede que estés en lo cierto, Pigafetta. — Se resignó el capitán. — Sin embargo, un paso en falso y nuestra derrota no sólo costará nuestras vidas si no la también la hegemonía española. ¡Por Dios! Cada movimiento que hagamos nos traerá más desgracias.

Aquella noche, Pigafetta estaba sentado en la cubierta admirando la maravilla que era el cielo. La monotonía reverberante del silencio estaba acunando a aquel hombre. Contemplaba la noche estrellada, un diamante en bruto. Aquellos puntos luminosos, aquellos astros hacían bailar al mar serenamente al son de una nana que la madre luna, con su halo fulguroso, le cantaba. Su mirada se dirigió a la ínsula tropical que estaban a punto de abandonar. La vasta vegetación verde desconocida emanaba un aroma dulce que aspiró tranquilamente. Un pequeño pájaro se posó en la balastrada de madera. Su plumaje blanco y azul cobalto acapararon su atención. Se levantó y se aproximó con sigilo. Nunca había visto ese tipo de ave, cuya belleza peculiar lo impresionaba. Justo cuando estuvo a punto de cogerlo entre sus manos, el pájaro alzó al vuelo, rumbo a la isla de donde procedía. Entonces, una lágrima le surcó la mejilla.